

DESDE la provincia, incluso Valparaíso y Viña del Mar, LA NACIÓN era entonces, 1922, la cúspide del periodismo chileno. Leía sus editoriales, pensativamente, la gente seria. Su página de redacción, donde centelleaban los talentos de Enrique Tagle Moreno, y de Joaquín Edwards Bello, de Inés Echeverría de Larrain y de Ernesto Barros Jarpa, constituía incitación al pensamiento y el buen decir. Su "crónica", ágil, vivaz, veraz, estaba hecha con acuciosidad y rapidez informativa. Provincias, magazine, cable, deportes, vida obrera: todo instruída y señalaba camino. El Suplemento Dominical hacía las delicias de quienes habíamos dejado ya atrás al primer soneto y nos queríamos meter, en serio, con la tinta de imprenta: esos "corresponsales en el exterior", donde, como una airada flota de guerra que comandaban Joaquín Edwards y Augusto D'Halmar —dos buques— insignia a la vez—, evolucionaban, con estilo y gracia, Carlos Morla Lynch y Ernesto Torrealba Federico Vergara Vicuña e Ignacio Serrano Palma; o aquel "Alone" que había sucedido a don Ricardo, a Leopar, y dádole a la crítica literaria la novedad de un estilo fluido y puro, que entraba blandamente, con la afilada independencia de un bisturí, en la carne, no siempre atractiva, de una obra literaria. Como si todo ello fuera poco, aparecían, los jueves, aquellas "Notas de Arte" en que Pilo Yáñez Bianchi, Alvaro, el hijo del "Maestro", abrió el camino de la plástica nueva a quienes querían entonces —Perotti, Mori, Vargas Rosas, los Ortiz de Zárate, Henriette Petit—, seguir en Chile una ruta distinta a la de Alvarez de Sotomayor o a la solitaria grandeza de un Valenzuela Llanos o de un arrobador Juan Francisco González.

¡LA NACIÓN! Fulguraba, a lo lejos, como un faro. Y al conjuero de su luz, volaban hacia ella, desde todo Chile, como jóvenes mariposas, miriadas de jóvenes, escritores incipientes, por cierto, que anhelaban ser periodistas a la manera de LA NACIÓN.

También fué mi propio sueño a los dieciocho años. Pero se derrumbó sobre mí, cual un muro de mal argamados ladrillos, cuando vine a enterarme, en el hecho, de lo que significaba ingresar a LA NACIÓN. Habíame recibido, en su "santa sanctorum", el propio "Maestro", don Elicodoro Yáñez; recordado, con precisión y justicia, a mi padre, senador y Ministro, como él, en épocas de Riesco y el último Montt; animádome —la voz y la dicción igualmente pulcras, el indumento irreprochable—, escoltado por un portero de confianza, a la oficina del

Jefe de Crónica. Leonidas Irarrázaval, después de escrutar-me un segundo, hubo de decirme lo que a todos los muchachos que en tal demanda hasta su mesa llegaban: "Un par de años "a mérito", como ayudante de reporter y después, si ha dado resultado, y le ha gustado la cosa, a ver si llega, en unos cinco, a teclear su parrafito".

Herido en mi dignidad de presunto crítico de letras y artes plásticas, o de gran escritor inédito que aceptaba descender al periodismo, salí de la vieja "casa chica". Trepidaba eatera, como un navío, al poderse pisar de la "Goss" que a esa hora —las cuatros de la tarde— vomitaba ejemplares de "Los Tiempos", el diario en que Julio Cesar —materialmente— creado un nuevo estilo, nervioso y denso, para comentar la actualidad del día.

Esa tarde de julio del 23, de cielo azul, ligeramente frío, comenzaba a dorarse con el sol invernal. Prometi, en mi fuero interno, llegar, algún día, a LA NACIÓN. Pero por mí mismo...

La vida, la renovación literaria y estética que acompañaba en Chile a la transformación política personificada por Alessandri, no tardó en llevarme a una de las tantas tertulias interiores de LA NACIÓN. Se había creado ella en un frágil sotabanco en que trabajaba duro, con una visera oscura sobre los ojos, retocando fotos al "gouache" o planchas metálicas con broca eléctrica, Luis Meléndez O. Amaba la literatura y la vida intensa y acostumbraba —había sucedido a "Coke" como Jefe de Dibujantes de LA NACIÓN—, ilustrar los suplementos dominicales con unas mujeres de interminables ojos largos, desnudas y enojadas, entre flores submarinas y círculos iniciáticos, en un desborde imaginativo entonces sorprendente.

Allí fui conociendo LA NACIÓN, por dentro. Y a sus redactores. No tanto a los que emergían, con firma, a la luz del día, como a esos otros, de pseudónimo y sacrificio, que noche a noche, "se hacían" el diario. Así, barbado, insomne, con bufanda y cabellera siempre revueltas,



MANUEL EDUARDO HUBNER

a Hugo Silva; a Anibal Jara, alto y cenizo también, de negro cabello compacto y —como Hugo—, de conversación telegráfica e interjectiva; parecido a ellos, del mismo tipo o estilo humano, prematuramente calvo, también moreno y silencioso, barojiano de actitud, era Ramón Lartundo; muy diverso, de cabello cano y rostro rojizo, explosivo, aquel Leopoldo Valdés que al Santoral había eliminado —"Tiago", "Aledri"— de su idioma particular; también, grueso y musculoso, de cabeza obstinada, otro personaje nocturno, Ricardo Baraona; y un gordo Cruz, moreno, disertador, contradictor; y un subjefe de crónica, rígido y cortés, de cabellera tupida como alfombra y joven rostro estupefacto, el "Maestro Avila", Miguel Ramón Avila, que, sin dormir, se iba del diario al Liceo, para enseñar matemáticas; y un reportero agudísimo, compañero de trasnochadas viñamarinas, escueto, exangüe, con un ojo de vidrio y una cabeza movediza, de ingenio temible y espíritu brillante, Guillermo Ahumada Echeverría. Junto a ellos, los otros personajes de la noche, los reporteros; Octavio Osorio, parecido a esos viejos "primeros" que tocaban el bombo en las bandas militares; Jorge Soza, el "Tenca" Soza, gordo y afable, de voz pausada y ojos protuberantes; el imponente Jorge Escala Coo, funcionario de Correos, de tez clorótica y voz ronca por la ausencia de sueño, que había descubierto la manera de dormir de pie y hasta caminando...; el magro, rapidísimo, casi eléctrico captador de ocultas intenciones políticas, Camilo Riccio, que cubría Cámara y Senado.

Comencé a bajar de piso y a subir de categoría en cuanto a contortulio del diario. Hugo Silva, que solía "despacharme" artículos literarios, brindóme su estrecha oficina en el primer patio de la casa grande. Allí, o llevado por él hasta el gabinetillo —casi secreto— en que oficiaba "El Chato" Dávila, terminé de conocer a la alta plaza mayor: el maravilloso charlador que es Joaquín Edwards Bello, entonces el mismo de hoy y que, como hoy, escribía también —hablándolos primero—, sus artículos sin par: Conrado Eloy Gallardo, de voz ortofónica y pisar recio, que disertaba, en jarras, sobre hechos políticos inmediatos; Hernán Díaz Arrieta, elusivo, misterioso, finísimo, de voz reposada; José María Raposo, culto, doctoral, solemne en su sencillez. Raul Simón, siempre de paso cual Hernán Díaz, de expresión concisa y rostro abierto; Aurelio, "El Negro", Díaz Meza, rechoncho, modesto, de risa fácil y espíritu fraterno; Augusto Iglesias, Julio Talanto, también el "Dr. Canopus", torrencial, dogmático, a ratos increíble; "Pérrico" Vergara, gigantesco y señorial, con una sencillez llena de talento y antepasados; otro hombrón con algo de niño, estudioso y documentado, Jorge Gustavo Silva, experto en previsión social y en mil cosas, pero preocupado, en lo íntimo, de ser tan poeta como Víctor Domingo y tan periodista como Hugo, sus dos hermanos; una mujer, penetrante y encantadora, de voz aguda e "impertinentes" enfocados sobre el interlocutor, doña Inés Echeverría de Larrain; el subdirector, mago de "Los Tiempos", gran cocinero de noticias, de pelo y rostro rojos, amplia sonrisa continua y actitud estimuladora, Arturo Meza Olva; y por encima de todos, o más bien junto a todos, como una suma de todos ellos, un hombre pequeñito, sólido, de exterior impecable, cabeza poderosa y rostro ancho, ojos penetrantes y mostacho bien cuidado, con una dentadura de perfección dentífrica y atractiva cordialidad humana, que tenía el arte —siempre lo tuvo Carlos G. Dávila—, de ser el Director de todos y de todos sin parecerlo.

Crónicas —sobre literatura y artes plásticas—, en el suplemento dominical o en

las "Notas de Arte", durante dos años seguidos; luego, a fines de 1925, impulsado por Hugo Silva, ya en "Los Tiempos", articulillos sobre pequeña actualidad diaria; en seguida, 1926, un pseudónimo —Juan Babel—, y un sueño, el de escribir con cierta frecuencia en aquella —Julio César, Ayax, J. E. L., el Dr. López, el Capitán Araya, H-1 y H-2, el Dr. Canopus, Sancho Garcés—, inolvidable página de redacción del "tabloid". Llegó el momento en que "El Rucio" Meza Olva, dio orden a la Gerencia de pagarme, a diez pesos cada "Juan Babel", en un solo vale mensual.

Ya era colaborador de "Los Tiempos". Podía sentirme, sin auto-ilusión, una partícula humana de LA NACION, entonces en el ápice de su prosperidad y su influencia. Nuestra vida,

te otro lunes, el 7, lo necesitó en el diario. ¡Pero a las cuatro en punto! Es la hora en que el secretario espera al Director...!

Asentí. No pregunté. No reflexioné. Dí aviso al buen Frenkel, en la vieja oficina Max Glücksmann.

El lunes 7 de marzo, empecé a trabajar como en mi casa: visitantes atendidos; cartas abiertas y estudiadas; artículos corregidos o adaptados; pruebas pedidas y revisadas, aún húmedas; un "Eco", pequeñas notas humanas, semi-líricas, de alacre estilo, que don Eliodoro acababa de imponer, a su vuelta de Francia, en la página de redacción de LA NACION; un "Juan Babel" para "Los Tiempos"; incesante ir y venir de una sección a otra llevando órdenes o recados del Director. Volaron, sin comer, sin enterarse de nada, doce horas

acababa de casarme, giraba en torno al majestuoso diario y a sus gentes. Una mujer inolvidable, gran artista y gran espíritu, Herminia Arrate de Dávila, cuya capacidad de amistad era tan hermosa como irresistible, terminó, sin decirlo ni pedirlo, por abrir las puertas de LA NACION. Nos introdujo, el matrimonio más joven de la alegre sociedad "El Comonó", al círculo, privilegiado por la calidad humana y la altura intelectual, de amigos cercanos a ella y a Carlos Dávila.

En Peñaflor, un domingo de febrero de 1927, almorzando a la criolla, bajo un parrón apretado de verdes uvas, entre tinajas coloniales y nogales y paltos de gran estatura, de pronto, con su voz pausada y persuasiva, dijo Dávila: —"Es-

consecutivas. Casi al amanecer, Dávila, que tenía fama de acabar con el físico o los nervios de sus secretarios, profirió, entre ordenando y sugiriendo —"¿Trabajemos un poquito? Hay tantas cartas aquí, todas sin contestar...". Como asintiera yo con entusiasmo, Dávila, que no conocía la fatiga, recordó que "tenía que hacer temprano". Dióse por terminada la jornada.

Al salir, era ya día claro. Una nube encendida atravesaba, como una lanza de oro, un diáfano horizonte de pájaros y vida palpitante. Caminaba rápido, canturreando. El día habría sido abrumador para otro. Para mí —veintidós años de edad— apenas un juego. Un juego de gloria. La concreción de un sueño. ¡"De planta", al fin, en LA NACION!

chas. Todas las que a diario imaginaba un hombre como Dávila, que había llegado, prácticamente, a no dormir. Tenía un concepto heroico, mitad romántico, mitad guerrero, de la función periodística. Vivía a caza de la actualidad, Avizorando el porvenir. Haciendo, por cierto, política; pero entre líneas, en el título o el texto de una información, hasta en la colocación de un grabado. Todo sutil, agudo, de una destreza pero también de una laboriosidad extraordinarias.

No sólo con papel, tinta y fuerza eléctrica se hacía aquella vieja "Nación". Con espíritu, romanticismo, bohemia constructiva; con un terco afán de trabajo y perfección diarias; hasta con un sentido de emulación instintiva que, a ratos, se parecía un tanto al desesperado esfuerzo de los remeros de una galera. Ni don Eliodoro, que ganaba dinero y poner político a torrentes, ni Dávila, que lo seguía imperturbable en la tarea —para él ya impersonal— de "hacer el diario", tenían tiempo de ocuparse de la existencia física de sus subordinados. Se les suponía, a todos, honrados con el mero hecho de trabajar en LA NACION. Así era, en efecto. Lo cual no impedía que el honor consistiera en mofarse, noche a noche, de la resistencia humana. Alboradas hubo en que Dávila, después de preguntar si podíamos desempeñar tal o cual cometido a las diez de la mañana en tal o cual Ministerio, y escucharnos decir que no estaría mal un sueñecillo (tras catorce horas de labor), nos interrogaba, sincerísimamente sorprendido: "—Y ustedes, tan jóvenes, ¿para qué quieren dormir?"

"El Maestro", escrupuloso, acucioso, meticuloso, riguroso hasta la exageración, tenía una concepción a la vez británica y francesa del periodismo de la época. Vivía imaginando nuevas formas, más delicadas y exactas, más concisas y elegantes, de expresión. Amaba el dato exacto y la comprobación inexorable. La estadística bien aplicada hacía sus delicias. El mejor editorial era, para él, aquél que tenía "numeritos". ¡Y desdichado del repórter que descuidare un nombre, una fecha, una dirección o incurriera en equívoco o ambigüedad! "El Maestro" usaba un lápiz afilado. Con él, como con un estilete, confeccionaba unos memorándum microscópicos que verlaban de sudor, siempre, la enorme frente del "Chato" Dávila. Luego, por carambola, la de los redactores, desde el primero de todos, Hugo Silva, hasta el Secretario-aprendiz de veintidós años. Poco pareciale eso. Y, generalmente en las tardes, a la hora del té —cuando ello no había sido anticipado ya por el teléfono directo desde la calle San Antonio abajo— sobrevenia la crítica minuciosa de los diarios del día. Era un diálogo con Dávila a puertas cerradas, al cual asistía a veces Meza Olva

y contadas, Hugo Silva. Solía aquel temible té de don Eliodoro transformarse —cuando anarecía algún personaje o súbita viajero— en amable tertulia vespertina.

Callaban, por un momento, la "Goss" y la "Albert" en lo hondo de los talleres. Era posible encontrar, entonces, en el zaguizamí que al fondo del último patio representaba Godov, un sordiflón obsequioso, a Pablo Lazo o a Albino Zúñiga o, a veces, adusto, mostachudo, contentiendo apenas su ternura humana, el temible Jefe de Talleres, José Barros. Eran unas once —té o café con algún sandwich de queso y jamón— siempre humildes, que a veces decoraban de "finto" y alegría la causticidad de Gmo. Ahumada o la persnicaz bonhomía de Julio Cordero Bustamante, redactor de Vida Obrera.

Vivíamos, en verdad, en tertulia permanente. Era un compañerismo iubiloso, de una alegría casi coercitiva, como el de soldados en un cuartel o marineros en un navío. Todos éramos, nos sentíamos o teníamos que ser amigos. Todos trabajábamos, un poco, para todos. Cada uno, es claro, disponía de su tiempo libremente. Pero el límite, inexorable, estaba en la entrega oportuna del "material" a cada uno confiado. Una disciplina invisible, llena de espíritu de cuerpo, con mucho de subconsciente jerarquía militar, hacía que todos, trabajando cada uno en su propio cubil, estuviéramos organizados en pequeños destacamentos, cada uno al mando de un suboficial. Un tanto apartado, lacónico, casi hosco, de humanísima sencillez, circulaba el Primer Redactor, Hugo Silva, capaz de escribirse al día un par de editoriales y otro par de artículos, como

corregir una información, alterar un título, rehacer una compaginación o, como ocurrió en una huelga gráfica, linotipiar directamente, en la propia Mergenthaler, el editorial o el artículo más urgente.

Vivíamos, también, atentos a leer los diarios, todos los diarios, los de Santiago y los de provincia. No podía uno ser "pillado" en delito de ignorancia de lo que estaba ocurriendo, aun de lo más mínimo. El trabajo estaba distribuido en tal forma que, sin conocer el diario por dentro, nadie hubiere creído —salvo la crónica, los deportes, los talleres por cierto— que existiesen jefes o gentes encargadas de hacer trabajar a los demás. El mismo Director, Dávila, aparecía y se escurría silenciosamente. Su despacho, una oficinilla separada de una gran sala por un tabique encristalado, apenas tenía cabida para él y un visitante. Siempre había, por cierto, un redactor o una visita, las más de las veces un político, en la oficina del "Chato". Todo se hacía por arte de encantamiento.

Pero el secreto estaba en el entusiasmo que ardía en el corazón de cada cual. Tan grande era, él que no contaban esfuerzos repetidos (una información o artículo reescritos dos o tres veces), o trasnochadas anhelantes, a la espera, por cierto, de cualquier hecho que podía producirse. Era desordenada LA NACION junto a los otros grandes diarios. Es que en ella no se dejaba de trabajar, prácticamente, nunca. Callaba la maquinaria de los talleres —siete a nueve de la mañana, cinco a siete de la tarde— pero las dos viejas casas quedaban acribilladas con el tableteo de unas "Underwood" heroicas, en las que tecleábamos con la ebriedad con que se maneja una ametralladora. La actualidad era, por cierto, la ametralladora, pero se era feliz —proscrito estaba el elogio— cuando el jefe inmediato, o Hugo, o Meza Olva, o el mismo Dávila, aprobaban con un silencio o un gruñido aquiescentes.

LA NACION no era solamente fanal para nosotros mismos. Atraía, irresistiblemente, al más diverso corro de visitantes nocturnos: colaboradores, espontáneos, portadores de noticias, analistas del momento, charladores deliciosos o, simplemente, compañeros de la noche. Algunos de ellos —el festivo Dr. Daniel Prieto; el inimitable teórico de la pesca y el ajedrez, liberal por antonomasia, Jorge Walton; el hábil y cazurro Augusto Espejo Pando; ese lord inglés de alta estatura, largas "chuletas", rostro irónico, ingenio fácil y "tongo" parecido a una chistera, que parecía venir de Piccadilly Circus y se lla-

maba Belisario Troncoso; el empecinado ajedrecista Camilo Rengifo, o el siempre fuera de sí mismo músico Javier Rengifo, o el sarcástico y solitario semi-escritor, hoy escultor de rosas vivas, Alejandro Rengifo; el delgado, cortés, y casi impenetrable Ernesto Escobar; el sensitivo e inteligente Antonio Planet, con su perenne gesto de conciliábulo... ¡Tantos! ¡Tantos que a LA NACION llegaban las más de las noches! Tantos que sentían su vida propia prolongada en la del diario. Tantos que en el pequeño Santiago de entonces, poco más de medio millón de habitantes, crearon el hábito de "ir a LA NACION" a medianoche. ¿Qué había en ella? Nada, y todo. Charla, café, carillas de toso papel, tostadas o pastelillos, pruebas húmedas, atronadoras máquinas de escribir y charla, juguetea casi siempre, pero a veces profunda, y hasta emocionante...

Los años pasan. Los hombres cambian o, en el fondo, llegan a ser, completamente, ellos mismos. La ciudad y el país han crecido. El periodismo se ha hecho cosa técnica y sindical. Mas, es difícil encontrar hoy día —aparte de los tantos mosqueteros de entonces que aún siguen tizona en mano— prosa, estilo o anhelo periodístico algunos que no arranquen de aquella época, de 1917 a 1931, cuando LA NACION completó, avasalladoramente, lo que "El Mercurio" y el "Ilustrado" habían comenzado diecisiete y quince años antes.

Ya no es posible pedir a la abeja en afanosa búsqueda de actualidad, que tenga en el alma el romanticismo, en la mente la curiosidad intelectual y en el espíritu la conciencia exacta de la responsabilidad para consigo mismo. Los tiempos han cambiado. Y al sintético y penetrante periodista de hoy, al cazador de la noticia antes de que nazca, al comentarista agudo que viste de objetividad cuanto es en él subjetivo, recuerdos de esta clase deben parecerle cosa de arqueología. ¿Para qué un diario hecho en esa forma? Para algo casi elemental, por lo sencillo y lo grande: dar origen a todo lo que es —periodistas incluidos— el Chile de hoy.

M E H

De MANUEL EDUARDO HÜBNER.—

# Cuatro años cerca

LA NACION.—LUNES 14 DE ENERO DE 1957

## y adentro de (1924 - 1927)

# “La Nación”